

CAPÍTULO VI.

EN QUE SE PARTE EL CAPÍTULO PASADO, PORQUE HA CRECIDO MÁS DE LO QUE SE PENSÓ, Y SE DÁ CUENTA DE LA CONVERSACION PROMETIDA.

PUES, como iba diciendo de mi cuento, de esta y otras bellas especies de crítica estaba más que medianamente instruido nuestro beneficiado; y como por otra parte no era de aquellos sectarios plebeyos ó de escalera abajo que hay en todas las escuelas, los cuales miran á los de la contraria con sobrecejo, con desden y aún con horror, sino de los nobles, de los distinguidos, de los verdaderamente despejados, que haciendo la debida diferencia entre los dictámenes del entendimiento y los de la voluntad, conocen muy bien que en todas las escuelas católicas hay maestros, que se pierden de vista, doctores sapientísimos, hombrones de doctrina consumada, y que tambien hay en todas insignes majaderos; aunque él habia estudiado opiniones contrarias á las que comunmente se enseñaban en el convento de su lugar, donde estudiaba nuestro Fray Gerundio, veneraba mucho á algunos de aquellos padres maestros, y tenia grande y familiar trato con todos los padres graves de la comunidad, los cuales viendo su gran juicio, su porte verdaderamente eclesiástico, su mucha erudicion, sus

bellos y gratísimos modales, su chiste y gracia natural, sin salir jamás de los términos de una modesta compostura, y sobre todo el sólido amor y estimacion que profesaba á la órden, acreditadas con buenas pruebas, no solo le correspondian con igual estimacion y cariño, sinó que no se reservaban de tocar en su presencia algunas materias domésticas con religiosa y amistosa confianza.

2. A dos de los padres más sábios, más religiosos y más graves del convento, cuyas celdas eran las que él frecuentaba más, y á quienes él trataba con mayor estrechez, oyó lamentarse muchas veces de los lastimosos desbarros del predicador mayor de la casa; pero mucho más del daño que hacia con su ejemplo y con sus disparatadas máximas en punto de predicar á los colegiales mozos, y especialmente al candidísimo Fray Gerundio, á quién tenia tan imbuido, en que para ser gran predicador no era menester ser filósofo, ni teólogo, ni calabaza, que habia cobrado un sumo horror á todo estudio escolástico, sin haber bastado para hacerle que se aplicase á él, ni avisos particulares ni reprehensiones públicas ni panes y agua, ni disciplinas ni otros castigos, que usaba santamente la órden. Añadian, que ya le hubieran sacado ignominiosamente de los estudios, sinó tuviera unas prendas por otra parte tan amables, y á no estar apadrinado de un padre ex-provincial, que le habia dado el Santo hábito; y sobre todo, por el respeto de sus buenos padres, que aunque eran unos labradores honrados y no ricos, con todo eso eran de los hermanos más devotos y más proficuos que tenia la órden.

3. Una de las ocasiones en que aquellos dos reverendísimos trataron esta materia con mayor vehemencia y con mayor compasión, en presencia de nuestro beneficiado, les dijo éste: ora, padres maestros, tanto como la cura del padre predicador mayor, no me atrevo á emprenderla, porque la tengo por desesperada. Está el mal tan arraigado, que se ha convertido en naturaleza, y el enfermo tan casado con su mal, que echará á pasear, á quien pretenda curarle. Pero Fray Gerundio es otra cosa; el achaque está muy á los principios, ni está tan duro el alcaecer, y como quiera *nihil tentase nocebit*. Yo ni confío ni desespero: mas ¿qué vamos á perder en intentarlo? A Dios y á dicha voy allá sin perder tiempo, y diciendo y haciendo partió derecho á su celda.

4. Entró en ella con familiaridad de doméstico, encontróle leyendo, y le preguntó con festivo desbarazo: ¿Qué hace V., amigo Fray Gerundio? ¿qué he de hacer, señor beneficiado! Habrá una hora, que acabé de trasladar un sermón, y cansado ya de escribir me puse á leer en un libro el más guapo que he leído ni pienso leer en todos los días de mi vida; y en verdad que si le leyeran nuestros padres maestros, no me aporrearán tanto para que estudiase las impertinencias que estudian sus paternidades. ¡Ay cosa! replicó el beneficiado: ¿y cómo es la gracia de ese libro? Por cual me pregunta usted, que tiene muchas, y todo él es una pura gracia. No digo eso, continuó el beneficiado, sino que, cómo se intitula el libro. ¡Ah! ¿cómo se intitula? respondió Fr. Gerundio: ¿cómo sé intitula? eso es otra cosa, y no la había entendido. Como se intitula... par diez

que ya no me acuerdo. Pero tenga usted, que ya se me vino á la memoria. Se intitula *el Capuchino*... No, no: soy un borracho: no se intitula *el Capuchino*; pero ello es cosa de barbas; ¡ah! ya me acuerdo bien; se intitula *El barbon*. ¿El barbon?... No; ¡válgate Dios por memoria! mas ello, pues está aquí el mismo libro, hay más que ir á ver la primera llana y lo sabremos.

5. Bien conoció desde luego el beneficiado, que hablaba de la obra del Barbadiño; pero no le quiso interrumpir, por el gusto que le daba oírle desatinar, y para ver si caía en cuenta, de que quien no sabía ni aún el título del libro que estaba leyendo, como había de entenderle. Al fin, viéndole tan embarazado, le dijo: No es menester, que V. lea la primera llana, que ya sé que libro es ese. Está escrito en portugués, y se intitula, *el Verdadero método de estudiar*; y aunque su autor quiso esconderse tras de las venerables barbas de un capuchino de la congregación de Italia, y por eso tuvo por bien llamarse el P... Barbadiño, pero con licencia de sus barbas postizas, ya todo el mundo le conoce por las verdaderas, con sus pelos y señales; y hasta los niños cuando pasa por la calle, le señalan con el dedo, diciendo: *ahí vá el señor arcediano*. Pero á propósito, mi padre Fray Gerundio; ¿usted entiende la lengua portuguesa? Toda, no señor, respondió el candidísimo religioso, pero tanto como hasta una docena de palabras ya las entiendo bien, y con ellas me vandeo: como *Pregador, Evangelho, Sermoens, Fieis*, y así otras á este tenor. Y como por el hilo se saca el ovillo, por unas palabras saeo otras, y acá á mi

modo formo el concepto de lo que quiere decir. Mas puesto que segun parece V. ha leído esta obra, dígame; ¿qué siente de ella en Dios y en su conciencia?

6. Eso, padre mio, es cuento largo, respondió el beneficiado, y hoy no estoy muy de vagar: puede ser que algun dia se ofrezca ocasion de que hablemos de este punto; aunque de paso diré á V. que como hubiera escrito con ménos satisfaccion, sin tanta arrogancia, y con más respeto de muchos hombres de bien, habidos y reputados por tales entre todos los literatos del mundo, puede ser que hubiera sido mejor recibida la obra, porque no se puede negar, que tiene *muita coiza boa*. Entre esas, dijo Fray Gerundio, las que mejor me parecen á mí, son aquellas en que da contra la lógica, la física, la metafísica, la animástica y la teología escolástica, tratándolas *de ridicularias*, nombre que repite mucho, y á mí me dá grande choz, porque me suena tan lindamente. Poco á poco, padrecito mio, replicó el beneficiado, no levante V. ese falso testimonio al señor Arcediano de Eborá, aunque no es V. el primero que se lo ha levantado; pero el hecho es, que él no da contra esas facultades. Lo primero dá contra el mal método, con que se enseñan en Portugal y aún en toda España, y en eso no le falta razon: lo segundo contra las muchas cuestiones inútiles é impertinentes, que se mezclan en ellas, y en esto le sobra: lo tercero contra el demasiado tiempo, que se gasta en enseñar las que pueden ser de algun provecho, y en esto tampoco va descaminado. En materia de física natural, no dice que no se estudie, sino que no es física ni calabaza la que comunmente se estu-

dia por acá; y tambien esto, son pocos los hombres verdaderamente sabios los que no lo conozcan, aunque no sean muchos los que lo confiesen.

7. Pues sino es física la que se enseña por acá, replicó Fray Gerundio, y yo no tengo de ir á estudiarla donde se enseña, excuso aporrear me la cabeza. No se ha de tomar eso tan en cerro, respondió el beneficiado, ni quiere decir el Barbadiño, que nada de lo que acá se enseña sea física, sino que mucha y aún la mayor parte no lo es. Item, aunque dá á entender, que en Portugal y aún en toda España, apenas se tiene noticia de la que es física legitima, castiza y verdadera, con licencia de sus venerables barbas, no tiene razon. No ha salido ni verosimilmente saldrá en mucho tiempo curso alguno español, que de intento la profese y la promueva, porque para eso es menester superar muchos estorbos, que en el génio nacional, son punto ménos que invencibles; pero tanto como saber hácia donde cae todo lo que soñaron los antiguos y cavilaron los modernos, así acerca de la constitucion del mundo en general, como de la composicion del cuerpo natural, que es el objeto preciso de la física, impugnando con vigor, con nérvio y con solidez á unos y á otros, hay por acá muchos hombres honrados que lo saben, por lo ménos tan bien como el reverendo padre Barbadiño.

8. Dejo á un lado, que el famoso Antonio Gomez Pereira no fué inglés, francés, italiano ni alemán, sino gallego por la gracia de Dios y del obispado de Tuy, como quieren unos, ó portugués, como desean otros; pero sea esto ó aquello, que yo no he

visto su fé del bautismo, al cabo español fué, y no se llamó Jorge, como se le antojó á Monsieur el Abad Ladvoat, compendiador de Moreri, y no tuvo por bien de corregirlo su escrupulosísimo traductor, sin duda por no faltar á la fidelidad. Pues es de pública notoriedad en todos los estados de Minerva, que este insigne hombre, seis años ántes que hubiese en el mundo Bacon de Verulamio, más de ochenta ántes que naciese Descartes, treinta y ocho ántes que Pero Gasendo fuese bautizado en Chantersier, más de ciento ántes que Isaac Newton hiciese los primeros puchericos en Volstroppe de la provincia de Lincoln, los mismos, con corta diferencia, ántes que Guillermo Godofredo, Baron de Leibnitz, se dejase ver en Leipzig, envuelto en las secundinas; digo, padre mio Fray Gerundio, que el susodicho Antonio Gomez Pereira, mucho tiempo ántes, que estos patriarcas de los filósofos neotéricos y á la papillota levantasen el grito contra los podridos huesos de Aristóteles; y saliesen uno con su órgano, otro con sus átomos, éste con sus turbillonés, aquel con su atraccion, el otro con su cálculo, y todos refundiendo á su modo lo que habian dicho los filósofos viejísimos; ya nuestro español habia hecho el proceso al pobre estagirita. Habia llamado á juicio sus principales máximas, principiotes y axiomas: habíalos examinado con rigor y con imparcialidad, y sin hacerle fuerza la quieta y pacífica posesion de tantos siglos, habia reformado unos, corregido otros, desposeido á muchos, y hecho solemne burla de no pocos; tanto, que algunos críticos de buenas narices son de sentir que Antonio Gomez fué el texto de esos revolvedores

de la naturaleza que ahora meten tanto ruido, pretendiendo aturrullarnos, los cuales no fueron más que unos hábiles glosadores ó comentadores suyos; y yo, aunque algo romo y pecador, me inclino mucho, á que tienen razon á lo ménos en gran parte, como fácilmente lo probaria si mereciera la pena.

9. Pero no metiéndonos ahora con los huesos del señor Antonio Gomez, que están bien enterrados, siquiera por los que su merced hizo enterrar en Medina del Campo, cuando fué médico de aquella villa, digo, que bien pudiera no disimular el padre Fray Barbadiño, que aún en las físicas más rancias de España se hace larga y muy comprensiva mencion de las antiguas, y consiguientemente tambien de las modernas; porque éstas, segun dije poco há, á la reserva de tal cual bachillería, experimentillo ó cosa tal, apénas son más que una pomposa ó galana refundicion de aquellas. A Meliso y Parménides, que no reconocian más que un único principio, inmutable, indivisible, sin ponerle nombre ni querernos decir como era su gracia, preteadiendo que de la varia combinacion de él se componian todos los cuerpos, y consiguientemente no reconociendo en ellos diferencia alguna específica y substancial, sino meramente accidental, copiaron después todos los modernos, que negaron las formas substanciales, y reconocieron otro principio de todo cuerpo sensible que uno solo, al cual bautizó cada uno con el nombre que le dió la gana. Este le llama *Átomos*, aquel *Materia*, el otro *Glóbulos*, et sic de reliquis.

10. A Meliso, Anaximènes, Heráclito y Hesiódo, que tambien fueron filósofos monotelitas, esto es,

que tampoco reconocian más que un principio de todos los mixtos, pero dieron un pasito más adelante, y cada uno le nombró segun su génio ó capricho, porque Meliso, que debia de ser flemático y aguado, dijo, que todas las cosas se componian de agua y no más: Anaximènes, que debia de adolecer de fantástico y lijero, defendió, que todo era puro aire: Heráclito, que sin duda era de génio ardiente y fogoso, se desgañitaba por persuadir, que todo era fuego; y Hesiodo, que en su poema intitulado *las Obras y los Dias*, acreditó su inclinacion á la agricultura, y consiguientemente á los terrones, juraba por los dioses inmortales, que todo cuanto veíamos y palpábamos era tierra, y no le sacarian de ahí cuantos araban y cavaban. Digo, pues, que á estos filósofos de antaño tambien remedaron aquellos filósofos de ogaño, que firmes en la resolucion de no admitir más que un único principio de todos los entes corpóreos, andan besando las manos á todos los cuatro elementos, unos á éste, y otros á aquél, para acomodarse cada cual con el que mejor le parece. Y note V. sobre la marcha, mi padre Fray Gerundio, que el peso del aire, que tanto nos cacarean los modernos, como un descubrimiento muy importante que no se habia hecho en el mundo, hasta que se inventó la máquina pneumática, con el cual nos encajan una filosofía llena de ventosidades, ya en tiempo de Anaximènes debia ser tan conocido como el peso del plomo. Porque si este filósofo tuvo para sí por cosa cierta é indubitable, que todo cuanto veia y palpaba era aire y nada más (y en cierto sentido, á fé que no le faltaba razon), que el plomo era aire, el hierro era aire, las

piedras eran aire, necesariamente habia de persuadirse á que el aire era pesado.

11. En la misma cierta, firme y valedera persuasion estuvo no ménos que el mismo Aristóteles, á quien sus propios discípulos en muchas materias dejan padecer unas persecuciones injustas de estos bellacones de filósofos modernos, que en Dios y en mi conciencia no sé como se lo sufre el corazon; pero ¿qué han de hacer los pobres, si los más ni aún por el pergamino han leído en su vida á su maestro? Pues este hombre verdaderamente grande, conoció demostrativamente el peso del aire con un experimento que hizo sencillo, simple y natural, sin más máquina pneumática, que la de un triste pellejo: pesóle primero estrujado, y pesóle después inflado, y halló que inflado pesaba más, que estrujado: con que infirió legitimamente, que á no ser por arte de encantamiento, esto no podia suceder, sin que el aire tuviese peso. Esta experiencia la refiere el mismo buen viejo claritamente, y no con palabras góticas, como él ó sus intérpretes se explican en otras partes, en el *libro 4.º de Cælo, cap. 4.º* y en verdad, que para hacerla no hubo menester andarse con boias de vidrio llenas de aire, ni con máquinas pneumáticas para extraérsele, como lo hizo el bueno del académico Monsieur Amberg, supongo que no más que *ad terrorem*; pues para la prueba bastaba cualquiera vejiga de puerco, de buey, y aunque fuese de un burro viejo.

12. No le agradó á Empedocles esta monotonía en la constitucion de los cuerpos, y queriendo echar el pié adelante á todos los que habian precedido, dijo,

que aquellos tan léjos estaban de componerse de un solo único elemento, que todos se componian de todos cuatro; pero no como nosotros grosera y sensiblemente los percibimos, impuros, mezclados y revueltos unos con otros, sino purísimos, desecadísimos, y en fin, como á cada uno le parió su madre la naturaleza; preguntado ¿en qué consistia la diferencia específica de los mixtos, puesto que todos se componian de unos mismos simples? Respondia, con aquella gravedad y con aquella soberanía propia de un hombre que despreciaba coronas y cetros, que á la reserva del hombre (á quien no negaba alma racional, distinta de los cuatro elementos) todos los demás mixtos solo se diferenciaban entre sí, ya por la varia combinacion de los elementos mismos, ya por el mayor predominio del uno sobre el otro, y que así entre la rana y el burro no habia otra diferencia, sino que en aquella dominaba el agua, y en éste la tierra, y que por eso croaba la una, y el otro rebuznaba.

13. ¿Parécele á V., padre mio Fray Gerundio, que los modernos no remedaron tambien al amigo D. Empedocles? Pues cuente V. por secuaces suyos á todos aquellos médicos *à la dernière* (son estos innumerables) los cuales no se contentan con decir, que en todos los mixtos se mezclan los elementos, lo que apenas se puede dudar, sino que añaden, que á ellos y á nada más se reducen todos los mixtos, pretendiendo que todo cuanto se extrae de ellos por el análisis ó por la resolucion es aire, agua, tierra y fuego, *et præterea nihil*. Cuente V. tambien por el mismo partido á los químicos, y sepa, que este el

dia de hoy es un partido formidable, los cuáles, aunque de los elementos de Empedocles solo admiten en la apariencia dos, conviene á saber, el agua y la tierra, y en lugar de los otros dos inventan ellos tres, á los cuáles llaman espíritu, azufre y sal, pero en realidad el espíritu se reduce al aire, el azufre al fuego y la sal al agua; con que solo añaden voces al sistema empedocliano. Finalmente, cuente V. por el mismo vando (segun quieren malas lenguas) al habilísimo jesuita Honorato Fabri, el cual, aunque en rigor hizo burla de todos los sistemas filosóficos, sin declararse partidario de alguno de ellos; pero alguna mayor inclinacioncilla mostró á la opinion de nuestro Empedocles; bien que exceptuando de ella al hombre y á los brutos, porque esto no lo podia ajustar con lo que enseña la fé.

14. Y los señores filósofos atomistas y corpusculares, que son los que hasta pocos años há han metido más bulla; ¿piensa V. que fueron originales? Ríase de eso por su vida: tan monas ó tan monos fueron como todos los demás. En diciéndole á V., que la filosofía atomista y corpuscular cuenta ya por lo ménos cerca de dos mil y cien años de antigüedad, que la inventó Leucipo, la adelantó Demócrito y la extendió Epicuro, más de trescientos años ántes que naciese Cristo, sabrá que los Galileos de Galileis, los Gasendos, los Bacones, los Descartes, los Maiguanes, los Saguens, los Toscas y otros que no se pueden contar, no hicieron otra cosa, que cristianizarla en lo que pudieron, refundirla en lo que no encontraron inconveniente, y sacarla al teatro barbihecha, afeitada y con zapatos nuevos.

15. Solo con poner en limpio lo que dijo Epicuro está hecha la prueba. Soñó, pues, alguna noche, que habia cenado poco y bebido mucha agua (porque con efecto fué hombre templado), que allá desde la eternidad andaban revoloteando libremente y á sus aventuras, sin órden y sin concierto por esos inmensos espacios, que llamamos caos, una infinita multitud de átomos ó de cuerpecillos, los cuales se estuvieron moviendo y travesando sin forma y sin destino, siglos de siglos, hasta que quiso su buena suerte y la nuestra, que por una dichosa casualidad se travaron, unieron y pegaron todos unos con otros, y formaron esta prodigiosa masa, de que se compone todo el universo, cielos, astros, montes, valles, rios, plantas, brutos, hombres. Para que esta casualidad, aunque extraordinaria, no fuese milagrosa, vino muy á pelo y condujo mucho, que los tales átomos ó cuerpecillos no eran todos, ni de una misma figura, ni de un mismo peso, sino que quiso la suerte, que unos fuesen redondos, otros cuadrados, estos cúbicos, aquellos piramidales, unos cilíndricos, otros triangulares, agudos éstos y aquellos chatos, unos más pesados y otros más leves. Y como estuvieron tanta infinidad de siglos encontrándose unos con otros, no fué imposible que al cabo acertasen á enlazarse, enredarse y engancharse recíprocamente, mezclándose con variedad unos con otros, y étele formada toda la masa del mundo, con toda la diversidad de mixtos y de entes que la constituyen.

16. Y no crea V. amigo Fray Gerundio, que Epicuro ni los muchos corbatines, bonetes y capillas,

que le copian al somormuso, se embarazan en explicar la diversidad sensible de los entes, segun esta sentencia; ¡bueno es eso para su despejo! Si V. les pregunta, ¿qué cosa es la tierra? Responderán con la mayor satisfacion del mundo; es un gran agregado de átomos cúbicos, que juntó la casualidad en un monton, y en eso consiste la consistencia y la solidez de la tierra; y el agua, ¿qué cosa es? Eso es claro como el agua. Es un casual conjunto de átomos redondos, circulares y globulosos, que no pueden estar parados si no los cierran en alguna vasija ó no los reprimen con algun dique, y vé ahí en que topa toda la fluidez de este elemento; ¿y el fuego? El fuego, ¿quién no vé que es una masa de átomos piramidales, puntiagudos y muy afilados, que á fuer de tales, todo lo penetran, lo taladran y lo deshacen? y cádate ahí el secreto de su prodigiosa actividad. Y el aire, ¿qué será? ¡Bella pregunta! ¿qué entendimiento habrá tan romo, que no conozca, que el aire no viene á ser más, que un inmenso espacio ocupado de bolillas revoloteantes, mucho más menudas, tersas y lisas, que las que componen el agua? Y en esto consiste clara é indubitavelmente, que aquel sea mucho más fluido y mucho más diáfano que esta.

17. Vé aquí, Fray Gerundio amigo, los principales sueños de los filósofos antiguos, y las principales imaginaciones de los modernos, que apenas se diferencian de aquellos más que en media docena de terminillos, y en haber sacado al teatro sus opiniones con otro traje más de moda. Yo no negaré, que unos y otros hicieron lo que pudieron para averiguar sus secretos á la naturaleza, y para sacar á luz sus

escondrijos, y que esto es lo que se llama filosofía; pero ¿quién le ha dicho al reverendo señor Don Barbadiño, que esta filosofía se ignora en Portugal y en España? Ciertamente que teniendo su merced tanta obligación como se sabe, á no ignorar lo que ha pasado en su misma universidad de Coimbra, causa admiración que afecte ignorar lo que escribieron los sábios jesuitas coimbricenses en su curso filosófico. Allí verá explicados muy extensamente todos estos sistemas, y también los verá impugnados con el mayor nervio. Es verdad, que como aquellos padres no alcanzaron á estos monsiures novísimos, no pudieron impugnarlos en sus propios términos. Pero si es cosa averiguada, que la que se llama filosofía nueva y flamante, es solo un tejido de las más añejas y de las más podridas del mundo, todos los que tienen noticia de estas, tienen noticia de aquella, y todos los que impugnan las unas, impugnan la otra. Pues por esta cuenta, no solo en el curso de los coimbricenses, sino en muchos de los cursos filosóficos, que de doscientos años á esta parte se han impreso en España, hallará mucha noticia de la que su Paternidad Barbadiña llama filosofía legítima, castiza y verdadera.

18. Pero si todavía no se contenta con esto, y pretende que sea cierta su proposición, mientras no se verifique que en los cursos de España se conoce en su propia y mismísima figura esta filosofía del tiempo, aún así será preciso que la vuelva al cuerpo. Porque si le dieran lugar para saber lo que pasa por acá, sus estrechas correspondencias con ciertos amigos de Francia, y su aplicación infatigable á entender mal ó á interpretar peor las Bulas y Breves

Pontificios sobre las misiones de Oriente, tendría sin duda noticia, de que há más de treinta años se publicó en España el curso filosófico del sabio padre Luis de Losada, cuya admirable física comienza por un largo y docto discurso preliminar, en que se exponen, se examinan y se baten en brecha casi todos los sistemas filosóficos, que se llaman modernos por mal nombre, representándolos todos con sus pelos y señales. Aunque esta impugnación, como imparcial y como verdaderamente sabia, no es tan en cerro ni tan á destajo, que en el discurso de la obra no se abracen algunas opiniones de los filósofos experimentales, desamparando la de los aristotélicos, á cuyo jefe, por lo demás, se sigue con juicio y sin empeño.

19. Acordárase también, de que el insigne valenciano Don Vicente Tosca, no solo nos dió larga noticia de todas las recientes sectas filosóficas, sino que aún se empeñó el santo clérigo, en que había de introducir las en España, desterrando de ella la aristotélica. No logró el todo de su empeño, pero le consiguió en gran parte; porque en los reinos de Valencia y de Aragón se perdió del todo el medio al nombre de Aristóteles, se examinaron sus razones, sin respetar su autoridad, se conservaron aquellas opiniones suyas, que se hallaron estar bien establecidas, ó por lo ménos, no concluyentemente impugnadas y al mismo tiempo se abrazaron otras de los modernos, que parecieron puestas en razón; de manera que en las universidades de aquellos dos reinos se tiene tanta noticia de lo que han dicho los novísimos terapeutas de la naturaleza, como se puede tener en

la mismísima Berlin; y hay filósofos, que pueden hablar con tanta inteligencia en estas materias á las barbas de la misma Academia de las Ciencias de París, como los Regis y los Regaults en su misma mesmedad.

20. Finalmente, ahora, ahora en fresco, y como dicen, todavía chorreando tinta, se acaba de imprimir en Salamanca el primer tomo de un curso filosófico, que ha de constar no ménos que de doce volúmenes, en el cual, según prometé el autor, cuando llegue al tercero, todo él le ha de emplear en llamar á juicio todas las sectas filosóficas, recién nacidas ó resucitadas, y el cuarto en examinar los recobecos de la naturaleza al gusto de los modernos, sin perjuicio del derecho que se reserva, de averiguar en el quinto las verdaderas causas de tantas travesuras como hacen los meteóros, y de pasearse en el sexto por los cielos, como pudiera por su celda, donde es preciso que vuelva á encontrarse con los neotéricos, y, ó los abraze como amigos, ó los precipite de aquellas alturas como espíritus rebeldes, que no merecen pisar el estrellado país que no conocen. Ora bien, yo salgo por fiador de la habilidad del autor, pero no respondo del acierto de su ejecucion; y más, cuando él mismo destina ya *in previsione* el tomo undécimo, para corregir los errores, descuidos ó equivocaciones de los diez precedentes; lo que parece señal, de que á lo ménos en estos diez tiene ánimo de errar, descuidarse ó equivocarse mucho, pues le ha hecho tan de antemano á dedicar todo un tomo á este único asunto. Verdad es, que para eso está seguro, de que en el tomo duodécimo y último no ha de padecer la

menor equivocacion, error ó descuido en los prolegómenos á la teología positiva y dogmática de que ha de tratar, si Dios fuere servido, para abrir los ojos á los teólogos y predicadores novicios; pues á no estar muy cierto, de que este último volúmen no ha de contener alguna errata ó descuidillo, era natural que el tomo de las erratas le reservase para el postero, para comprender tambien en él las de los prolegómenos, como lo han hecho hasta aquí todos aquellos escritores, que quisieron dejarnos el buen ejemplo de confesar, que fueron hombres.